

# **ANTÍNOO, EL ÚLTIMO DIOS**

## COLECCIÓN HISTORIA DEL ARTE

1

DIRECCIÓN – COORDINACIÓN EDITOR-IN-CHIEF

**Miguel Ángel Elvira Barba**

Historiador, Catedrático y antiguo director del Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

COMITÉ ACADÉMICO ASESOR – ACADEMIC ADVISORY BOARD

**Marta Carrasco Ferrer**, Universidad Camilo José Cela, Madrid.

**José María Salvador González**, Universidad Complutense de Madrid.

**Barbara Crostini**, Uppsala University, Uppsala, Suecia.

**Ricardo da Costa**, Universidade Federal do Espírito Santo, Brasil.

**Rostislava Todorova**, Shumen University, Shumen, Bulgaria.

**Florencio-Javier García Mogollón**, Universidad de Extremadura, Cáceres.

**Anne-Orange Poilpré**, Université Panthéon-Sorbonne, Paris 1, Francia.

**Gaetano Lettieri**, Sapienza Università di Roma, Italia.

**Ricardo Piñero Moral**, Universidad de Navarra, Pamplona.

**Jean Marie Sansterre**, Université Libre de Bruxelles, Bruselas, Bélgica.

**Miodrag Markovic**, Belgrade University, Belgrado, Serbia.

MARTA CARRASCO FERRER  
MIGUEL ÁNGEL ELVIRA BARBA

# ANTÍNOO, EL ÚLTIMO DIOS

EDITORIAL SINDÉRESIS

2023

1ª edición, 2023

© Marta Carrasco Ferrer - Miguel Ángel Elvira Barba

© 2023, editorial Sínderesis

Venancio Martín, 45 – 28038 Madrid, España

Rua Diogo Botelho, 1327 – 4169-004 Porto, Portugal

info@editorialsinderesis.com

www.editorialsinderesis.com

Ilustración de cubierta: E000070 *Antinoo*, Taller Romano. 131-132 d.C.

© Museo Nacional del Prado, Madrid

ISBN: 978-84-19199-64-5

Depósito legal: M-12013-2023

Produce: Óscar Alba Ramos

Impreso en España / Printed in Spain

Reservado todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

*Para Alex,  
porque siempre lucha con una sonrisa.*



# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	7
<b>I. UNA VIDA EFÍMERA E INMORTAL .....</b>	<b>11</b>
El encuentro y el recorrido por Grecia .....	12
Antes de la llegada a Egipto .....	20
Días fastos, días nefastos .....	24
La fundación de Antinoópolis .....	29
Nace el mito .....	33
¿Dios, o héroe? .....	39
Los últimos años del emperador .....	44
El culto dedicado a Antínoo .....	50
El amado muerto en la Villa de Tívoli .....	58
¿Qué ocurrió al desaparecer Adriano? .....	62
<b>ANEXOS DE LA PARTE I.....</b>	<b>67</b>
A. Opiniones de los escritores antiguos .....	67
Literatos que conocieron la época de Antínoo.....	67
Los ecos a principios del siglo III .....	71
Tratados bajoimperiales.....	76
B. Los retratos de El Fayum en Antinoópolis .....	81
C. El “Obelisco Barberini” .....	85
<b>II. MÁS DE CIEN RETRATOS IDEALES .....</b>	<b>91</b>
La identificación de Antínoo: un trabajo de siglos .....	91
Entre retrato e imagen de culto .....	98

El “tipo principal” y los “tipos” secundarios.....	102
¿Fue Antínoo retratado en vida?.....	109
Del “Urantinoos” a los bustos del “modelo canónico” .....	113
Antínoo se viste de Apolo y Hermes .....	124
En el ciclo de Dioniso.....	130
El peculiar <i>Antínoo-Dioniso-Osiris</i> y sus variantes .....	137
El joven dios se mezcla con dioses menores.....	142
Un simple joven ideal.....	147
El “tipo Mondragone” .....	154
La imagen de Antínoo en Grecia .....	158
La “Stirngabelvariante” .....	163
Antínoo clásico en Egipto .....	166
El “estilo egiptizante” .....	169
<b>ANEXOS DE LA PARTE II</b> .....	178
A. La cabeza del “joven de la pátera” en el <i>Grupo de San Ildefonso</i> .....	178
B. Medallones y monedas .....	181
C. Perfiles en joyas.....	184
D. Imitaciones y falsificaciones del Renacimiento .....	187
ÍNDICE GEOGRÁFICO DE OBRAS ESCULTÓRICAS.....	190
TEXTOS COMPLEMENTARIOS .....	201
BIBLIOGRAFÍA .....	207
IDENTIFICACIÓN DE LAS IMÁGENES .....	215

# INTRODUCCIÓN

Antínoo es -¿quién lo duda?- un nombre sugestivo y agradable, incluso por su sonoridad. Siempre nos ha chocado que pudiese llamarse así un antihéroe de la remota Ítaca: el jefe de los pretendientes que asediaron a Penélope durante años y que cayeron abatidos por las flechas de Ulises. Olvidemos a este malvado, salvo por su ambivalente sentido erótico: preferimos recordar a otro personaje de la misma saga con un nombre parecido: Alcínoo, el amable rey de los feacios, padre de Nausícaa, que gobernaba la isla de Esqueria cuando llegó a sus playas el propio Odiseo.

En cambio, el Antínoo que aquí va a ocuparnos solo es un héroe de forma sesgada: de hecho, fue un simple mortal, con sentimientos y pasiones mortales, pero pudo convertirse en un dios del Olimpo. Su personalidad resulta huidiza en extremo, solo accesible a una contemplación muy matizada, y muestra facetas muy distintas, como las que intuyó, desde una profunda humanidad y asombrosa imaginación, Marguerite Yourcenar en sus *Memorias de Adriano*: no es casual que acudamos a las páginas de esta joya literaria, una y otra vez, tanto para rendir homenaje a su autora como para dar un toque de vitalidad a nuestro relato.

Comenzaremos esbozando -es imposible llegar más lejos sin caer en la retórica- la vida de aquel joven que, por su asombrosa belleza y su actividad física, conquistó al emperador Adriano. Intentaremos imaginar el encuentro de ambos, así como sus viajes por el Imperio, en el contexto de un reinado único por su dinamismo. Después, fijaremos el momento culminante de esta intensa pasión -la muerte de Antínoo, ahogado en el Nilo en extrañas circunstancias- y nos detendremos en sus consecuencias, que llenaron de asombro al mundo entero: Adriano fundó una ciudad en el lugar mismo

donde perdió a su amado y decidió darle el rango de dios, impulsando su culto hasta donde le fue posible.

Tan desmedida gesta estaba abocada al fracaso, y, en efecto, fue condenada de forma unánime cuando Adriano murió. Pero hasta entonces, durante unos pocos años, dio lugar a un florecimiento artístico impresionante, casi incomprensible: Antínoo, como hombre, como héroe y como dios, se convirtió en modelo e inspiración para los talleres escultóricos de la corte y de medio mundo. De hecho, los retratos idealizados de Antínoo están hoy presentes en todos los museos de Europa y América, dando a sus salas un toque de poética belleza y demostrando que, en pleno Imperio Romano, podía recuperarse la estética del clasicismo griego. Haremos bien aproximándonos a este refinado ambiente, observando que incluso se crearon imágenes del divino joven en estilo egipcio, con el fin de recordar el entorno exótico donde se creó su leyenda.

# I

## UNA VIDA EFÍMERA E INMORTAL

Nuestra historia comienza a fines del año 123 o a principios del 124 d.C. El emperador Adriano Augusto, conocido en su juventud como Publio Aelio Hadriano, cumple cuarenta y ocho años el 24 de enero, mientras que recorre la costa norte de Anatolia, de oriente a occidente, para acercarse al Bósforo. Acaba de culminar una importante misión diplomática en tierras remotas.

Veamos el contexto de su viaje: han pasado más de cinco años desde que subió al trono, en agosto del 117, no sin dar muerte a varios senadores descontentos con su coronación. Su primera labor fue aplastar las rebeliones de judíos que habían sacudido, en varios enclaves del Mediterráneo oriental, los últimos años de su antecesor Trajano, y ordenar retirarse a las legiones que corrían el riesgo de quedar aisladas en Mesopotamia. Después, ha cuidado de afirmar en Roma su poder sin fisuras, y, una vez alcanzado su objetivo, en el año 121 ha partido de su capital, deseoso de analizar el estado de las defensas del Imperio en la Galia, Germania, Britania, Hispania y Mauretania. Una vez comprobada la correcta organización de estas zonas fronterizas, en el año 123 se ha embarcado hacia oriente, y ha llegado a Antioquía del Orontes (hoy Antakia, en la costa sur de Turquía), que era la capital de la provincia de Siria por aquellas fechas.

¿Cuál era el objetivo de tan larga travesía? Visitar a Osroes, rey de los partos desde el año 106 y enemigo potencial de Roma. La entrevista tuvo lugar, en efecto, en algún lugar junto al curso del Éufrates.

## EL ENCUENTRO Y EL RECORRIDO POR GRECIA

Una vez celebrada la reunión, Adriano recorrió de sur a norte las fronteras del Imperio en el oriente de Anatolia y alcanzó el Mar Negro a la altura de Trapezunte, el actual puerto de Trabzon. Ya solo tenía que seguir la costa para retornar a su tierra. Llegó así a la provincia de Bitinia-Ponto, alcanzó la región del Bósforo, y precisamente allí tuvo lugar el hecho que da comienzo a nuestro relato: le presentaron, ignoramos exactamente dónde y en qué circunstancias, a un agraciado adolescente, llamado Antínoo, que quedó integrado en el cortejo imperial.

Antínoo (Antínoos para los griegos, Antinous para los romanos) había nacido, casi con seguridad, en Bithynion, o Bithynium, también conocida entonces como Claudiópolis: una discreta población situada entre montañas y próxima a la costa del Mar Negro. De hecho, Esta ciudad -insistiremos en ello más tarde- acabaría acuñando monedas con el nombre del joven, especificando que lo hacía como “patria” suya. Sin embargo, poco sabemos de ella en la actualidad: situada a unos 4 km del pueblo turco de Bolu, en un lugar conocido como Eskihisar, apenas si se han recogido en su emplazamiento algunas inscripciones.

Bithynion tenía, según sus propias leyendas, un origen prestigioso: habría sido fundada por colonos arcadios de Mantinea, ciudad bien conocida del Peloponeso. Desde el principio debemos resaltar esta idea -bien o mal fundada-, porque explica el particular interés que sentirán por Antínoo, en el futuro, los ciudadanos de la propia Mantinea. Además, junto a Bithynion se encontraba una aldea llamada Mantinion, aún menos conocida hoy, pero donde vivía, al parecer, la familia de nuestro joven. Éste nació un 27 de noviembre. Así lo dice, e incluso lo repite, una larga inscripción, hallada en Lanuvio (cerca de Velletri, al sudeste de Roma), que señala dos fiestas anuales celebradas allí unos años más tarde: la de Diana en los idus de agosto, es decir, el día trece de ese mes, y la del natalicio de

Antínoo, que se fijaba el quinto día antes de las calendas de diciembre (*Corpus Inscript. Latin.* XIV, 2112, l 5. ll 11). Sin embargo, ignoramos el año en que Antínoo vino al mundo: sin duda fue en torno al 110 d.C. Todo depende de la edad que le atribuyamos en el año 130, cuando murió y empezó a difundirse su imagen en bustos y esculturas: ¿tendría entonces unos veinte años? Es lo más probable.



Poco podemos decir del entorno que rodeó a Antínoo durante su infancia. Eso sí, cabría asegurar que perteneció a una familia de hombres

libres, no de esclavos, porque recibió alguna formación gimnástica, en la que no faltaron la equitación y el uso de ciertas armas, como la lanza o la jabalina. Si se educó en la aldea de sus familiares, debió de ser, además, un hombre de campo, rodeado por un ambiente de cazadores y acostumbrado al paisaje boscoso de su tierra. En tales circunstancias, hemos de pensar que ingresó en el círculo imperial como cuidador de caballos o como ayudante en la organización de cacerías.

Sabemos, en efecto, que Adriano sentía pasión por la caza desde su adolescencia: tanta, que, cuando solo tenía quince años de edad, el emperador Trajano, que cuidaba de él como un segundo padre, intentó apartarle algo de ese deporte, llamando su atención hacia las labores militares y administrativas. Vano intento: año tras año, nuestro hombre seguiría cultivando su afición, y en el recuerdo que quedó tras su muerte de su imagen y sus gustos no faltó ese rasgo de su carácter: según relata la *Historia Augusta*, “fue alto, de elegante figura y con cabello ondulado; llevaba la barba larga para cubrir las cicatrices que le cubrían el rostro desde su nacimiento. Era de complexión robusta; cabalgaba y caminaba mucho, y se ejercitaba constantemente en el manejo de las armas y en el lanzamiento de la jabalina. En sus cacerías, a menudo mató leones con su propia mano” (*H.A., Adriano, 26, 1*).

Sin embargo, justo es decir que no sabemos nada en concreto sobre el encuentro de Adriano y Antínoo. Incluso alguien ha llegado a pensar, como posible alternativa, que no se produjese en el año 124, sino en el 129, cuando el emperador volvió a pasar por Anatolia. Sin embargo, esta tesis resulta, en nuestra opinión, indefendible: no parece que por entonces se desplazase el emperador desde Éfeso, donde se encontraba con su corte, hasta Bitinia. Además, si aceptásemos tal hipótesis, resultaría que el emperador y su amante solo habrían compartido vida y experiencias durante un año y pocos meses, lo que contradice una serie de datos que poco a poco iremos descubriendo.



Aceptemos, por tanto, que Antínoo entró al servicio de Adriano, como hemos dicho, en enero del año 124, y que su vida continuó en el seno del cortejo imperial. De este modo, pudo acompañar al emperador en sus viajes, a los que éste era tan aficionado, puesto que “quería ver en persona todo lo que había leído sobre los distintos lugares del mundo” (*H.A., Adriano*, 17, 8). Desde Bitinia, la corte pasó a Cízico (no lejos de la actual Bandırma, en el Mar de Mármara), e hizo una breve excursión a la provincia europea de Tracia, atravesando los Dardanelos. Después, el César regresó con los suyos a la Anatolia occidental, y “fundó la ciudad de Hadrianoterias, porque allí dirigió una cacería afortunada, en la que dio muerte a una osa” (*ibídem*, 20, 13), quien sabe si con la ayuda de Antínoo. Finalmente, todos llegaron a Éfeso, ya en verano.



Tras una excursión a Sardes y su entorno, la corte pasó a Rodas, y allí se embarcó para atravesar el Egeo y llegar, a fines de septiembre, a Atenas. No había ciudad del Imperio tan querida por Adriano: éste declaraba sin remilgos sus aficiones helenizantes, y aceptaba, quizá sin reparos, el apelativo irónico de *graeculus*, “el grieguecito”. Incluso deseaba exaltar el valor de la cultura helénica en todo el mundo. Además, Antínoo, como

bitinio de nacimiento que era, pertenecía de pleno derecho a esa civilización, tan prestigiosa como milenaria.

Fascinado por los ritos áticos antiguos, el monarca quiso adentrarse en los misterios de Eleusis, y superó devotamente su primer grado de iniciación. Por otra parte, en sus paseos por la ciudad y sus alrededores, se hizo acompañar por distintos personajes a los que apreciaba, y que, desde luego, le respetaban y adulaban sobremanera: entre ellos, debemos resaltar a un padre y un hijo: el primero era Tiberio Claudio Ático, hombre de rango senatorial y antiguo pretor; el segundo, aún más importante, el joven Lucio Vibullio Hipparco Ático (101-178) -el Herodes Ático de los historiadores modernos-, destinado a los mayores honores y bien conocido, entre quienes recorren Grecia en la actualidad, por los magníficos edificios que, con el paso del tiempo, construiría en muchas ciudades y en los santuarios más famosos.



Tras un descanso, sin duda en las residencias de estos o de otros aristócratas locales deseosos de atraer su atención, Adriano emprendió un verdadero recorrido turístico por el sur de la Hélade, que le ocuparía los últimos meses del año 124 y los primeros del 125: después de pasar por Mégara, atravesó el Istmo de Corinto y se internó en el Peloponeso: pronto se le vio frecuentar los caminos de Epidauro, Trecén, Nemea y Argos hasta llegar a Mantinea.

La visita a esta última ciudad nos interesa mucho, porque, como hemos señalado, fueron colonos suyos, al parecer, quienes fundaron Bithynion y dieron nombre a la aldea de Mantinia, de feliz recuerdo para Antínoo. Incluso cabe recordar, en este punto, una coincidencia de nombres que sin duda tenía algún significado para las gentes de Bitinia y para la familia de nuestro joven cazador: según Pausanias, una tradición decía que Mantinea había sido fundada originariamente en otro lugar, pero que “desde allí, una mujer trasladó a sus habitantes hasta el emplazamiento que hoy ocupan: fue Antínoe, hija de Cefeo, el hijo de Áleo, por orden de un oráculo, tomando como guía para la expedición una serpiente” (VIII, 8, 4).

Adriano, llegado a Mantinea, tuvo dos gestos que, de un modo u otro, podrían interpretarse -con buena voluntad, no lo negamos- en el contexto de su naciente relación con Antínoo. El primero fue devolver a la ciudad su nombre más antiguo -el que tenía cuando fundó Bithynion-, quitándole el de Antigonía, que había recibido en el año 222 a.C. como homenaje a un rey de Macedonia llamado Antígono II Dosón. El segundo gesto es aún más alambicado: acercándose a la tumba donde habían sido enterrados el general tebano Epaminondas y su amado, el joven Cefisodoro, en el lugar mismo donde ambos habían muerto en batalla (362 a.C.), hizo colocar en ella una inscripción, cuyo texto se entretuvo en redactar personalmente.

El viaje siguió, pasando por Tegea, hasta Esparta, y después se desvió hacia el noroeste: Adriano visitó sin duda el santuario de Olimpia y pudo aproximarse a la ciudad de Patras, colonia de Roma y puerto principal de la Hélade hacia Italia. Unos días más tarde, descansaría el 26 de enero del año 125 -día de su 49º cumpleaños- en Corinto, que era la capital de la provincia de Acaya, nombre que daba la administración del Imperio a la Grecia meridional.

De vuelta por fin a Atenas, el monarca se entretuvo unas semanas en diseñar y promover todo un conjunto de edificaciones: reanudó las obras del templo de Zeus Olímpico -el famoso *Olimpieo*, comenzado en el siglo II

a.C.-; inició la construcción de la que siempre se conocería como *Biblioteca de Adriano*, y encargó un acueducto, del que la *polis* estaba muy necesitada, dado su crecimiento. A la vez, presidió las fiestas *Dionisias*, vestido a la griega, y en ellas contempló sin duda, como exigía la costumbre, representaciones de tragedias y comedias.

Ya en primavera, Adriano considera llegado el momento de volver a Italia. Su primera etapa le lleva a Beocia, y le permite detenerse en el templo a Eros en Tespias, uno de los poquísimos dedicados al dios del amor. En ese momento -aunque hay quien dice que tres años más tarde-, dirige una sonada cacería, que no duda en conmemorar escribiendo en griego un poema, que es casi una plegaria, y haciendo que su texto se grabe en piedra:

*“Arquero, hijo de la Cipria, Adriano te da las gracias. En las laderas del Helicón, cerca de la fuente de Narciso, ha lanzado su caballo tras las fieras de estos bosques, y ha dado muerte a una osa. Ahora expone su piel en el muro de tu templo. ¡Amor, dios sabio, escucha sus preces! ¡Vierte en sus días la armonía y el encanto que dispensa desde las alturas Afrodita Urania!”*  
(*Inscript. Graec.* VII, 1828).

Adviértase la alusión a la Afrodita Urania, porque no es gratuita: constituye una cita directa a Platón, quien, en su *Banquete*, había explicado que el Eros procedente de esta diosa “no tiene en cuenta a la mujer, sino solo al varón, y es el amor a los jóvenes” (181c).

Adriano sigue su ruta por Lebadea (hoy Levadia) y atraviesa Queronea para llegar a Delfos, la sede principal del culto a Apolo, pues se propone exaltar este santuario suyo como centro espiritual de la Hélade. En efecto, allí reorganiza el Consejo de la Anficciónía, órgano rector del lugar y su culto, mientras que se plantea el medio de tomarlo como base y punto de partida para reunir un consejo común que presida a todos los griegos, el *Panhelion*, que concibe como verdadera estructura autonómica capaz de encuadrar el ámbito helénico del Imperio: una entidad política cuya capital situará, poco después, en Atenas. Una vez concluidos estos trámites

administrativos, la flotilla imperial alcanza las islas de Cefalonia e Ítaca, llegando a los puertos de Nicópolis (junto a la actual Preveza) y Dirraquio (Dürres, en Albania). Desde allí, a fines de mayo del año 125, Adriano se embarca hacia Sicilia: en efecto, desea subir desde Siracusa “al monte Etna para contemplar la salida del sol, que, según dicen, allí aparece con colores variados, como el arco iris” (*H.A., Adriano*, 13, 3).

### Antes de la llegada a Egipto

Finalmente, el emperador vuelve a pisar suelo itálico. No sabemos si desembarca en Puteoli (Pozzuoli), pero, desde luego, parece que realiza parte del viaje, desde la Campania hasta el valle de Tíber, por la Vía Appia. De este modo llega a su villa de Tívoli, cuyas obras en curso quiere ver incluso antes de preparar, con todo cuidado, su entrada en Roma. Adriano siente por la Urbe una mezcla de admiración y desconfianza: sin duda es la capital de su imperio, y una ciudad asombrosa, pero diversos nobles y senadores mantienen el recuerdo de sus enfrentamientos con él en años



pasados. En cambio, las residencias campestres de muchos amigos, algunos de ellos aristócratas hispanos como él, y como su antecesor Trajano, se encuentran cerca de la suya y le ofrecen una solícita acogida.

Celebrado ya su *adventus* o ingreso oficial en la Urbe, Adriano se instala algún tiempo en el palacio del Palatino, y se muestra con todas sus galas, a lo largo del año 126 d.C., en diversos festejos, mientras que se dedica asiduamente a solucionar asuntos de la más variada índole. Por entonces inaugura el inmenso *Panteón*, construido durante su ausencia, que le sirve como marco abrumador para presidir una reunión del Senado. A la vez, avanzan las obras del templo de Venus y Roma, que él mismo ha diseñado en el año 121, antes de partir hacia la Galia. Pero no solo le interesa la capital: cuida con especial esmero el desarrollo del puerto de Ostia, y promueve, además, el de poblaciones vecinas muy antiguas, como Lavinium, Lanuvio, Gabies o la etrusca Veies, ganándose con sus atenciones la adhesión de los lugareños.

Sin embargo, no se siente del todo a gusto. A la postre, prefiere emprender un viaje por el norte de Italia a principios de marzo del año 127, y solo vuelve en agosto para celebrar la fiesta de sus *Decennalia*, es decir, de sus diez primeros años de reinado. Después, ya en los primeros días del 128, nombra miembro del colegio sacerdotal de los Salios a un niño de rara inteligencia, cuya familia, la de los Annios, es fiel aliada de la suya: se llama Marco Annio Vero; tiene entonces siete años, y acabará convirtiéndose, pasados varios lustros, en el emperador Marco Aurelio. Nada nos impide pensar que, también por esas fechas, diese otro cargo sacerdotal a su amado Antínoo, que entonces se aproximaba a los dieciocho años: esto explicaría la iconografía de algunos de sus primeros retratos -bien lo veremos en su momento- y, desde luego, serviría para justificar, como respuesta a ciertas lenguas afiladas, la constante presencia del joven en las residencias imperiales.